

OBSERVACIONES SOBRE LA PROBLEMÁTICA TARTESIA

Manuel Pellicer Catalán

Mucho se ha avanzado sobre el problema tartesio desde hace una treintena de años, habiéndose superado, en el obsoleto objetivo de los arqueólogos, el casi exclusivo y dominante problema de la localización de la mítica ciudad de Tartessos. Por otra parte, han ido acumulándose, gracias a la obra de los propios investigadores, una serie de prejuicios y tópicos que no siempre responden a una realidad histórica y que conviene sacarlos a colación y denunciarlos.

Desde el Renacimiento, los eruditos primero y los profesionales después, no han dejado de opinar sobre los pueblos tartesios y turdetanos¹. A pesar de la infinita bibliografía desplegada sobre el tema, creo que sólo últimamente, desde los años 60, comienza a verse una luz esperanzadora que va iluminando tan complejo problema, ofuscado frecuentemente por los mismos investigadores, al crear teorías cuestionables en ocasiones aceptadas apriorísticamente.

Heródoto afirmaba que los ojos de la historia eran la geografía y la cronología. Estos dos factores, fundamentales, todavía están débilmente descifrados en la historia tartesia y turdetana. Es sencillamente el problema de los límites. Por las fuentes clásicas se deduce que Tartessos era un territorio situado al suroeste de la Península Ibérica, en el Bajo Guadalquivir y sur de la

¹ M. Pellicer, «Historiografía tartésica y turdetana», *Habis* 7, 1976, pp. 229-240.

provincia de Huelva, pero su extensión y límites precisos todavía los ignoramos. ¿Por qué no podríamos incluir igualmente en el territorio tartésico todo el sur de Portugal al oeste del Guadiana, o el sur de Extremadura, que poseen características arqueológicas similares a lo que tradicionalmente consideramos Tartessos en lo que respecta a minerales, poblados, necrópolis e inscripciones, si Tartessos fue un emporio del metal de cobre, plata, oro y estaño y un reino con escritura? Y, por otra parte, ¿por qué no excluir del territorio tartésico a toda la rica comarca agrícola situada al este del Guadalquivir, la campiña, donde no existe minería; aunque sí, el mito griego de Gerión?

El segundo problema, concerniente a los límites, es el *cronológico-cultural*. Se han manifestado cuatro tendencias que respectivamente colocan el inicio de lo tartésico en el calcolítico, del III milenio e inicios del II milenio a.C., en el bronce pleno, del II milenio, en el bronce reciente, desde fines del II milenio y en el orientalizante, a partir de la segunda mitad del s. VIII a.C. El calcolítico del suroeste efectivamente es de una altura cultural inusitada, con innumerables yacimientos de hábitat de amplias superficies que superan, algunos, el km², como Valencina de la Concepción, Carmona o Rota², repletos de centenares de silos para almacenar el excedente de la producción de cereales, rodeados de enormes sepulturas colectivas, como las de Gandul, Aljarafe, Trigueros, etc., con ajuares suntuosos. Pero esta cultura, por el hecho de haberse degradado en el II milenio a.C., en la edad del bronce, por existir un prolongado hiato cultural o por defecto de investigaciones, no creo que pueda denominársele ya tartésica. Desde el calcolítico a lo tartésico propiamente dicho no se sigue una trayectoria cultural evolutivamente limpia. Yo personalmente creo que las primeras *características ya típicamente tartésicas* comienzan a advertirse simultánea o sucesivamente en el bronce reciente y orientalizante, a partir de una fecha que podría ser el s. XII a.C., como muy alta.

Estas características son: cerámicas de tipo meseteño, como la de boquique y la excisa, al inicio, y a continuación una metalistería, ya de bronce propiamente dicho, cada vez más profusa de tipo atlántico (Ría de Huelva), una fuerte eclosión poblacional con la reaparición de grandes y abundantes poblados, con nuevas técnicas arquitectónicas defensivas en nuevos emplazamientos estratégicos, con fuerte base económica metalúrgica o agrícola, proliferación de cerámicas con decoración bruñida y pintada geométrica y presencia de estelas grabadas de guerreros. Gran parte de estos elementos proseguirán sin solución de continuidad en la fase orientalizante. En realidad se trata de un fenómeno análogo y paralelo al etrusco, ya que ahora se considera etrusca inicial a la cultura de Villanova, siendo la orientalizante el apogeo de lo etrusco, surgida por el contacto con los griegos de Pitecusas y Cumas a partir de mediados del s. VIII a.C.

² L. Perdignes et alii, «Excavaciones de urgencia en la Base Naval de Rota (Puerto de Santa María, Cádiz)», *An. Arq. Andaluza*/1985, III, 1987, pp. 74-80.

Resulta difícil pensar en una *homogeneidad cultural* en el suroeste peninsular durante las tres etapas u horizontes culturales que preceden a la romanización: bronce reciente, orientalizante e ibérico; más bien, analizando estos tres horizontes, se observan cuatro círculos culturales:

El sur de Portugal, al oeste del Guadiana, se caracteriza por unos poblados fortificados, estratégicos, necrópolis tumulares o de cistas, con predominio de la cremación y, posteriormente, estelas grabadas de guerreros, sustituidas después, en el orientalizante pleno e ibérico por estelas con inscripciones tartesias y, como base económica, grandes explotaciones mineras³. La Sierra Morena, al norte y oeste del Guadalquivir, se caracteriza por un fuerte sustrato del bronce pleno de raíces occidentales portuguesas, poblados fortificados, escasa o nula incidencia de las cerámicas meseteñas de boquique y excisa, presencia de cerámica de retícula bruñida de tipo portugués y del Guadalquivir, parca orientalización, pervivencia de necrópolis de cistas de inhumación y explotación masiva de minería de cobre y plata. Las campiñas, al este del Guadalquivir, se caracterizan por una potente economía agropecuaria, dirigida desde grandes núcleos urbanos débilmente fortificados, gran aumento de la población, sustrato calcolítico arcaizante, presencia de cerámicas de tipo meseteño y abundancia de la de decoración bruñida, escasa metalistería y estelas grabadas de guerreros del bronce reciente. Finalmente, la zona fluvial y marismeña se caracteriza por una eclosión espectacular de la población en extensos yacimientos sin fortificar, surgidos «ex novo», con una base económica mixta agropecuaria y mercantil, gran incidencia de cerámica meseteña de boquique, cerámica con decoración bruñida y pintada, metalistería, orfebrería, sin estelas funerarias de guerreros, pero con ejemplos con escritura tartésica orientalizante (Alcalá del Río y Villamanrique). Lamentablemente el estudio de estos círculos tartésicos con sus economías, relaciones y los efectos de la incidencia del impacto colonial en cada uno está por realizar.

Una de las causas del «impass» sufrido por las investigaciones sobre el mundo tartésico está motivada por la falta de precisión de la *terminología* aplicada y por la falta de entendimiento entre los investigadores, en cuanto a la admisión o no de fenómenos históricos, tomados con cierto apriorismo o carentes de bases arqueológicas sólidas.

En primer lugar tenemos el fantasma *indoeuropeo*, como un componente o no de lo tartésico. El presupuesto indoeuropeo ha creado cierto caos en las investigaciones de lo tartésico, porque, como término y concepto, ha sido interpretado unas veces como lengua y, otras, como raza y cultura⁴. De estos tres aspectos de lo indoeuropeo, el primero, esto es, la lengua, es el

³ T. Judice, «Social Complexity in Southwest Iberia, 800-300 b.C. The Case of Tartessos», *BAR Int. S.* 439, 1988.

⁴ P. Bosch, «Two celtic waves in Spain», *PrBrAc*, 1939. Id., *Les indoeuropeens*, Paris, 1961. F. Villar, *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, Madrid, 1971.

más absoluto. Según las actuales tendencias lingüísticas, la lengua del más del medio centenar de inscripciones del suroeste conocidas parece no ser indoeuropea⁵. Y ¿qué sabemos de la raza de los tartesios? Absolutamente nada. Jamás se analizó un cráneo tartesio o turdetano, porque los enterramientos del bronce reciente no se conocen en Andalucía occidental y los conocidos del orientalizante son de cremación o han sido expoliados por G. Bonsor (Alcores, Setefilla). Ni siquiera disponemos de datos iconográficos en que basarnos para deducir algún rasgo étnico.

La tesis tantas veces esgrimida de que el antropónimo del monarca o reyezuelo Argantonio sea indoeuropeo y, en consecuencia, que sea de etnia indoeuropea, es muy arriesgada. Los focenses que tomaron contacto con él a mediados del s. VI a.C.⁶ lo denominaron así, quizás porque los griegos tendían a helenizarlo todo, tanto el significado de los antropónimos como su fonética, del mismo modo que helenizaron al mítico Chrysaor o a topónimos como Kalathoussa, Herakleous Stelai o Molybdana.

En cuanto a la cultura o arqueología es también muy común el tópico de que lo tartesio tenga raíces indoeuropeas en función de ciertos elementos del bronce reciente del suroeste, como es la metalistería. Efectivamente, objetos metálicos de bronce, reales (Ría de Huelva) o representados en las estelas grabadas de guerreros, como hachas de apéndices laterales, de aletas, de anillas y de cubo, espadas pistiliformes y de lengua de carpa, puntas de lanza, escudos con escotadura en V, cascos de cresta y de cuernos, etc., tienen evidentemente raíces y concomitancias en la coiné atlántica del bronce reciente de principios del I milenio a.C., y algunos, incluso, en el Mediterráneo. Pero, en primer lugar, ¿es cierto que las culturas del bronce reciente de Irlanda, Cornualles, Armórica, Aquitania y del Occidente de la Península Ibérica sean indoeuropeas? Y en segundo lugar ¿es lícito concluir en que una cultura, como la tartésica precolonial, participe de unas formas metálicas atlánticas, sea también indoeuropea? Es prudente pensar que no se puede concluir en ningún sentido. La presencia de esta metalistería en Tartessos debe atribuirse sensatamente a meras relaciones comerciales o a influencia de ideas atlánticas o mediterráneas, sin que podamos descartar el hecho de que pueblos en ese momento auténticamente indoeuropeos, del Rin, del Danubio o de los Alpes, participen también de este comercio de metalistería. La metalistería del bronce europeo, por su abundancia y variedad ha sido supervalorada por los arqueólogos, como base para definir y delimitar culturas y cronologías, pero no se puede olvidar que los elementos metálicos son los más susceptibles de transacción y de movilidad y, por otra parte, muy peligrosos para establecer la base de las periodizaciones por su larga

⁵ J. de Hoz, «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *I Col. Lenguas y Culturas Prer. en la Península Ibérica*, 1976. J. Untermann, «Lenguas y unidades políticas del suroeste Peninsular en época prerromana» (Conferencia Univ. Sevilla, 23 marzo 1982). U. Schmoll, *Die südlusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1961.

⁶ Heródoto, I, 165.

pervivencia. Sin embargo, en la definición de culturas se olvidan frecuentemente otros elementos mucho más radicales, más íntimos, más tradicionales, más definitivos, como pueden ser el enterramiento, la urbanística, la arquitectura de la vivienda, la cerámica o, incluso, la economía. En consecuencia, si la lengua, la raza y la cultura de los tartesios no se revelan con evidencia como indoeuropeas ¿por qué atribuir indiscutiblemente al pueblo tartesio tal etiqueta?

Otro tópico análogo es el atributo «céltico», término más restringido que el anterior, a pesar de que ambos suelen confundirse lamentablemente en España. Sabemos perfectamente que lingüísticamente el celta es una rama del indoeuropeo. Si no se acepta lo indoeuropeo en la formación de lo tartésico, «a priori» no se puede aceptar tampoco lo celta, bien entendido, hasta fechas muy tardías, como un fenómeno de interferencia. Arqueológicamente lo céltico no se define al occidente del Rin antes del s. VI a.C. Lo celta, como cultura o como elemento decorativo se identifica normalmente con La Tène y los primeros indicios de La Tène en la Península Ibérica no se detectan en formas metálicas, decoración o cerámicas y posiblemente en antroponimia y toponimia, antes de fines del s. VI a.C., precisamente en un momento en que lo tartesio propiamente dicho está transformándose como cultura. No parece aceptable o, al menos, evidente que los topónimos y antropónimos indoeuropeos o célticos puedan remontar el s. VI a.C. en la Península, porque la zona con más indicios arqueológicos arcaicos de indoeuropeización, como es el nordeste peninsular, con la infiltración de los campos de urnas, al menos desde el s. IX a.C., presenta sensible escasez de estos elementos lingüísticos atribuibles a ese momento y, sin embargo, han subsistido en la mitad occidental, posteriormente celtizada, a partir de la fecha propuesta, de finales del s. VI a.C. Sería, sin embargo, más correcto hablar de pueblos célticos, de influencias de La Tène, en el mundo turdetano, sucesor del tartésico. Además lo confirman las fuentes.

Heródoto en el s. V a.C.⁷ afirma que los celtas habitan en las columnas de Herakles; siendo vecinos de los cinesios, los más occidentales de los pueblos que habitan Europa. Esta afirmación de Heródoto es un punto de referencia cronológica de la presencia céltica en el s. V a.C. El argumento arqueológico contundente de la presencia céltica en el suroeste peninsular, en mi opinión, son dos yacimientos, el portugués del castro de Segovia (Elvás) y el onubense del Castañuelo, recientemente excavados.

*El castro de Segovia*⁸, con 8 niveles arqueológicos, ha entregado, en el inferior (8.º), materiales del final del bronce reciente, como cerámica de retícula bruñida y cerámicas toscas a mano. Los niveles 7.º y 6.º poseen ya cerámica a torno estampillada, análoga a la de la koiné atlántica, fósil característico de lo céltico a partir de mediados del s. VI, elemento extendi-

⁷ Heródoto, II, 33.

⁸ Cfr. nota 3.

do desde las cuencas del Danubio y del Rin, presente al norte de los Alpes y en la cultura nordítálica de Golasecca, dirigiéndose desde estos focos hacia el Marne y Ródano, alcanzando Armórica, Cornualles y el Herault y penetrando en Iberia, donde la vemos distribuida por el Alto Ebro, Meseta, Alta Andalucía y sur de Portugal, quedando como fosilizada en la tardía cultura de los castros del noroeste peninsular. Para estos niveles 7.º y 6.º de castro de Segovia el C 14 ha dado la fecha de 460-50 a.C. La estratigrafía prosigue sin solución de continuidad hasta el nivel superficial (1.º); ya de época romana imperial, con terra sigillata aretina.

El segundo yacimiento, *el Castañuelo*⁹, prototipo de poblado de la Beturia céltica, significa una evidente implantación meseteña en el suroeste, con fuertes influencias iberopúnicas y con una cronología desde el s. V a.C. hasta época romana republicana, según demuestran sus cerámicas.

Otro apriorismo con el que no se puede estar de acuerdo es el de la presencia en la Península de la *cultura de los túmulos* del bronce medio de Europa Central, de mediados del II milenio a.C. En la Península Ibérica, efectivamente, existen túmulos de enterramiento en el Pirineo, en el valle medio del Ebro, esporádicamente en la Meseta, en la zona occidental atlántica y en el suroeste. Yo, personalmente, creo autóctonos a estos túmulos peninsulares y sin ninguna relación con los centroeuropeos, según intenté demostrar en un trabajo sobre el valle del Ebro¹⁰. En el suroeste ya existen túmulos desde la cultura de Atalaya, perviviendo en el sur de Portugal durante el bronce reciente, en el horizonte de Santa Vitoria y en la edad del hierro¹¹. En Andalucía occidental han sido estudiados solamente algunos de época ya orientalizante, como los de Setefilla¹², Alcores¹³ y Torre de Doña Blanca¹⁴, habiendo surgido la problemática de su origen, que yo supongo en el sur de Portugal, por proceder de allí los más arcaicos.

El rito de *la incineración* tartesio colonial ha sido también relacionado con la cultura centroeuropea y del noreste hispano de los campos de urnas del bronce reciente y de inicios del hierro (1200-550 a.C.). Esta teoría carece de una base consistente. La cremación en el sur peninsular ya está demostrada esporádicamente en el megalitismo del calcolítico en el III milenio a.C.¹⁵. Con el bronce, en la segunda mitad del II milenio a.C. la cremación se concentra en las cistas del sur de Portugal, renaciendo en el hierro u

⁹ M. del Amo, «El Castañuelo, un poblado céltico en la provincia de Huelva», *HA* IV, 1978, pp. 299-332.

¹⁰ M. Pellicer, «La problemática del bronce final-hierro del nordeste hispano: Elementos de sustrato», *Scripta Praeh. F. Jordá oblata*, Salamanca, 1984, pp. 423-425.

¹¹ H. Schubart, «Die Kultur der Bronzezeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel», *MF*, 1975. Cfr. nota 8.

¹² M. E. Aubet, «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla», *PIP*, 1975.

¹³ G. Bonsor, «Les colonies agricoles de la Vallée du Betis», *Rev. Arch.* XXXV, Paris, 1889, pp. 1-143.

¹⁴ D. Ruiz y C. J. Pérez, «Necrópolis tumular de las Cumbres: El túmulo 1, Puerto de Santa María, Cádiz», *Revista de Arqueología* 87, Madrid, 1988, pp. 36-47.

¹⁵ G. und V. Leisner, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*, Berlin, 1945.

orientalizante en los s. VIII-VII a.C. con los túmulos, tanto en el Algarve¹⁶, como en Andalucía occidental (Huelva, Setefilla, Alcores, Torre de Doña Blanca), quizás estimulada por el catalizador del impacto oriental.

Otra denominación que viene a complicar el mosaico terminológico es el de «geométrico», aplicado a lo tartésico¹⁷. Bien está que al período postmiocénico y preorientalizante griego se le denomine geométrico por exclusión de otros términos más comprometidos y por ser la decoración geométrica de la cerámica lo más llamativo y característico de esta cultura, pero en lo tartésico la decoración geométrica de la cerámica es suficientemente secundaria frente a otros elementos y a otros apelativos ya existentes.

La Turdetania, la Beturia y el territorio de los túrdulos son regiones que con más o menos precisión delimitan las fuentes clásicas, al referirse a pueblos postartésicos, a partir de fines del s. VI a.C. *Los turdetanos* se extenderían por la comarca ocupada anteriormente por el núcleo de los tartesios, de los que son continuación, una vez desmembrado el reino a causa, probablemente, de la brusca interrupción del comercio del metal en manos fenicias ante la caída de Tiro en el 574 a.C. Sin embargo, es sorprendente que a partir del 500 a.C., según el Cerro Macareno¹⁸, aumente el comercio durante todo el s. V a.C., atendiendo al alto porcentaje de ánforas, siendo de destacar las púnicas y algunas corintias, efecto de transacciones con Corinto, de donde se importaría aceite o vino y a donde se exportarían cereales y salazones.

La Beturia estaría habitada por pueblos célticos al noroeste de los turdetanos, entre el Anas y el Betis, traspasando este río por el este e interfiriéndose con ellos¹⁹. *Los túrdulos* se extenderían al norte y noreste de los turdetanos, por el Guadalquivir medio hasta Obulco.

El problema de los límites, pueblos, tribus y regiones prerromanas conocidos por las fuentes clásicas es que son difíciles de precisar, pese a los múltiples ensayos de toponimia, epigrafía y arqueología de campo, porque los pueblos protohistóricos ibéricos durante el milenio anterior a Cristo no permanecieron estáticos, sino que oscilaron y se interfirieron y, por otra parte, porque las fuentes clásicas no siempre coinciden en su situación.

La tarea de *investigar sobre Tartessos* está a cargo de historiadores, arqueólogos y lingüistas, que no han dado precisamente ejemplo de trabajo en equipo. Las fuentes clásicas no son lo suficientemente explícitas que deseáramos, aduciendo frecuentes anacronismos, contradicciones y, en consecuencia, errores, que la arqueología pretende rectificar con objetividad. Los lingüistas difícilmente cuentan con las cronologías exactas del soporte de

¹⁶ Cfr. nota 8.

¹⁷ M. Bendala, «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEArq* 52, 1979, pp. 33-38.

¹⁸ M. Pellicer y otros, «El Cerro Macareno», *EAE* 124, 1983.

¹⁹ L. García Iglesias, «La Beturia. Un problema geográfico de la España antigua», *AEArq* 44, 1971, pp. 86 y ss.

sus inscripciones, porque éstas, al proceder de hallazgos casuales o de excavaciones deficientes o no publicadas, no están garantizadas por contextos arqueológicos correctos.

En la historiografía de las investigaciones tartésicas los objetivos han ido variando sucesivamente. Desde el renacimiento interesó la *localización de la mítica ciudad* en función de los relatos de las fuentes clásicas. En la actualidad todavía se contempla este objetivo, habiéndose propuesto, para la ubicación del núcleo tartésico, emplazamientos como Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Carteia, Rota, Medinasidonia, Mesas de Asta, Huelva, El Cerro del Trigo, El Carambolo, La Algaida e, incluso, Cartagena y Escombreras. Quizás hubo varios centros de confluencia del metal para almacenamiento y comercialización, varios «emporia» indígenas de transacción, que reunieron las condiciones adecuadas, como estrategia para el tráfico terrestre, fluvial y marítimo y las características descritas por las fuentes clásicas, además de una arqueología apropiada para ser Tartessos.

En definitiva, pudo tratarse de un fenómeno nuevamente análogo al etrusco, donde se constatan varias ciudades-estado, gobernada cada una por un príncipe. En el caso de Tartessos, Argantonio pudo ser el príncipe de uno de los «emporia» tartésicos del s. VI a.C.

Planteado el panorama bajo este punto de vista, no deja de ser sorprendente una reciente teoría que, haciendo uso de la metodología de la «nueva arqueología», ha sido capaz de identificar el núcleo de Tartessos en la ciudad de Huelva y de calcular con matemática precisión la superficie del reino en 3.848,46 kms. cuadrados, en función de un diámetro de 70 kms., abarcando el área periférica de captación de recursos de Riotinto, donde, en el Cerro Salomón, se sugiere la existencia de un monumental templo tartésico ²⁰.

A principios del s. XX la arqueología entró en acción con los balbuceos de G. Bonsor en los Alcores ²¹ y posteriormente de A. Schulten en el Coto de Doñana ²². Pero, fue a partir de los años sesenta cuando la arqueología, perfeccionada con una nueva metodología y con arqueólogos profesionales, comenzó a corroborar y desvelar la información de las fuentes con estratigrafías y con una aportación abrumadora de datos, que es necesario reestructurar e interpretar correctamente.

La arqueología tartésica necesita urgentemente una *programación* para unificar objetivos, para no dispersarse ni gastar energías en investigaciones aisladas. Lamentablemente en las investigaciones se echa de menos una infraestructura adecuada inexistente en Andalucía, acceso a los laboratorios para los correspondientes análisis de C 14, activación neutrónica para análisis especialmente de arcillas, análisis metalográficos, estudios faunísticos,

²⁰ Cfr. nota 8.

²¹ Cfr. nota 13.

²² A. Schulten, *Tartessos* (trad. esp. Madrid 1945).

palinológicos, etc. Sin los datos proporcionados por estos análisis científicos resulta inoportuno acometer cualquier programa serio de investigación arqueológica. Por otra parte, la política se ha interferido abiertamente en la arqueología andaluza, intentando incluso dirigir las investigaciones hacia los yacimientos políticamente más rentables, pero científicamente de relativo interés con subvenciones económicas que rayan, para ciertos yacimientos, en el despilfarro. Anualmente Andalucía invierte en arqueología la suma de más de 200.000.000 de pesetas, mientras se escamotea el presupuesto de las publicaciones.

Si del hábitat tartesio conocemos muchos emplazamientos, secuencias culturales dadas por diferentes estratigrafías, gran variedad de materiales arqueológicos y cronologías bastante precisas a partir del s. VIII a.C., sin embargo el problema del *enterramiento* sólo está parcialmente resuelto. Del bronce tartésico sólo se conocen publicadas, algunas necrópolis del sur de Portugal, ignorándose las de Andalucía occidental. De época ibérica se tienen datos exclusivamente del sur de Portugal, sin que dispongamos de información adecuada para Andalucía occidental.

Siguiendo una sucesión cronológica, tendríamos el siguiente cuadro funerario. La cista del bronce sería una evolución o degeneración del dolmen de cámara calcólica. En el horizonte de Ferradeira, del calcólico final del sur de Portugal (2000-1500/1400 a.C.), es corriente la tumba de gran fosa oval, formada por pequeñas lajas clavadas en su periferia, en cuyo interior yace el cadáver extendido con un ajuar del mundo campaniforme. Con el bronce pleno, horizonte de Atalaia (1500-1100 a.C.), son frecuentes las pequeñas necrópolis familiares, constituidas por un número de media docena de cistas cuadrangulares o, en zonas aluviales fértiles, por grandes necrópolis que alcanzan el número de medio centenar de cistas de inhumación, con el cadáver encogido, o de incineración. Algunas inhumaciones no dejan restos antropológicos por la acidez del terreno y otras contienen los huesos recogidos con el cráneo sobre un cuenco carenado o en otra pequeña cista inscrita en la principal, acompañadas de ajuares, consistentes en puñales de remaches, hachas de bronce y vasos carenados bruñidos. En ocasiones, estas cistas están cubiertas por túmulos rodeados de anillos de piedras que se interfieren entre sí, formando un conjunto tumular. Estas cistas del bronce pleno se extienden desde el sur de Portugal hacia el norte de las provincias de Huelva y Sevilla ²³.

En el bronce reciente (1100-800/700 a.C.) se observan en el sur de Portugal cambios aparentes en el horizonte de Santa Vitoria, con necrópolis de

²³ Cfr. notas 8 y 11. M. Almagro Basch, «Las estelas decoradas del suroeste Peninsular», *BPH* VIII, 1966. M. del Amo, «Enterramientos en cista en la provincia de Huelva», *Huelva. Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 1975, pp. 109 y ss. F. Fernández Gómez y otros, «Los enterramientos en cista del Cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor, Sevilla)», *TrPrHist* 33, 1976, pp. 351-380. M. E. Aubet, «Sepulturas de la edad del bronce en la Mesa de Setefilla (Sevilla)», *MM* 22, 1981, pp. 127-149. V. Hurtado y F. Amores, «El tholos de las Canteras y los enterramientos del bronce en la necrópolis de Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)», *CPUG* 9, 1984, pp. 147-174.

cistas más pequeñas, de inhumación, con el cadáver encogido, cubiertas, en ocasiones, por un túmulo subcircular rodeado de piedras. A algunas de estas cistas se asignan, como cubierta, losas grabadas de tipo Alentejano, como las de Monbeja, Santa Vitoria o de Marmolete o de Extremadura. En el s. IX parece que surgen las estelas grabadas de guerreros, clavadas sobre fosas que no contienen ajuar armamentístico, según noticias dudosas de viejas excavaciones, como las de Granja de Céspedes (Badajoz) o Solana de Cabañas (Cáceres). Estas estelas grabadas de guerreros se extienden por Portugal, Extremadura, Andalucía occidental, traspasando el Guadalquivir por Córdoba (Ategua) y Sevilla (Torres Alocaz, Utreta, Écija, Carmona y Montemolín) y penetrando, incluso, en la Meseta suroccidental. Los intentos de localizar necrópolis en los puntos donde estas estelas han aparecido han sido vanos.

A partir del impacto colonial se adopta en Tartessos la cremación como rito funerario tartesio, ya como influencia del sur de Portugal o, posiblemente también, como influencia fenicia. Surgen a partir del 700 a.C. nuevos tipos de tumbas en el sur de Portugal, consistentes en túmulos rectangulares, de 2 por 2,50 m. de piedra, formando grandes necrópolis organizadas, de incineración, con cerámicas a torno e instrumentos de hierro en los ajuares y con la aparición de las primeras estelas funerarias con inscripciones tartesias, que alcanzan tierras sevillanas (Villamanrique y Alcalá del Río), fechadas quizás, desde el s. VII al IV a.C., según ciertos elementos, como torques de cuentas de sanguijuela, escarabeo de Pedubaste (s. VII a.C.), escarabeos de Psamético II (s. VI a.C.), falcatas de hierro y fibulas anulares hispánicas (s. V y IV a.C.)²⁴.

Desde el s. V predomina la inhumación como rito. Pero desde el s. VII en Andalucía occidental se detectan las primeras necrópolis tartesias orientalizantes túmulares, como la Joya, Setefilla, Alcores o Torre de Doña Blanca, de tradición portuguesa, con predominio de la cremación colectiva en urnas colocadas en hoyos bajo túmulo, rodeando una cámara de inhumación (Setefilla) o necrópolis en tumbas de simples hoyos de incineración en urna (Cruz del Negro?) o sin ella, siempre con espléndidos ajuares orientalizantes²⁵. En época ibérica, desde fines del s. VI o principios del s. V a.C., por razones desconocidas o más bien por falta de prospecciones adecuadas, desaparecen en el Bajo Guadalquivir las necrópolis hasta época iberorromana.

Para establecer la *cronología* de la protohistoria del suroeste ibérico, en los horizontes del bronce reciente, del orientalizante y del ibérico, esto es, desde un momento del s. XII a.C. hasta fines del s. III y II a.C., con la romanización de la Bética, la investigación procedió, primeramente, utilizan-

²⁴ Cfr. nota 3.

²⁵ Cfr. nota 8. J. P. Garrido y M. E. Orta, «Excavaciones en la necrópolis de la Joya, Huelva», *EAE* 71, 1971. Id., *EAE* 96, 1978. M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla)*, Barcelona, 1981, pp. 53 y ss. y pp. 171 y ss. Cfr. nota 14.

do como base los datos cronológicos deducidos de las *fuentes escritas*, pero estas fuentes no son lo suficientemente explícitas, especialmente en los episodios arcaicos del orientalizante y sensiblemente nulas para la época del bronce reciente, inmerso todavía en la prehistoria. Entre las fechas más llamativas deducidas de las fuentes, se posee la ya indicada de la fundación de Gadir por los tirios, hacia 1160 a.C.²⁶, la fundación de Cartago en el 814 a.C., el viaje del samio Coleo a Tartessos a mediados del s. VII a.C.²⁷, la fundación de Massalia por los focenses hacia el 600 a.C., la caída de Tiro ante Nabucodonosor en el 574 a.C., la fundación de Emporion hacia el 560 a.C., la batalla de Alalia entre etruscos y cartagineses contra focenses en el 545 a.C., el contacto de los focenses con Argantonio a mediados del s. VI a.C.²⁸, el tratado político-económico entre Cartago y Roma en el 509 a.C., otros tratados similares en los años 348, 306 y 279 a.C., la 1.^a guerra púnica en el 264 a.C., la etapa bárcida en Iberia desde el 237 a.C. hasta la batalla de Iliipa en el 206 a.C.

Las cerámicas griegas, por la precisión de su datación, han sido el elemento cronológico base para establecer fechas, pero creo que no se ha procedido con la suficiente cautela a la hora de asignar cronologías a los estratos, porque éstos han sido fechados según el momento de fabricación de los vasos y los vasos, después de fabricados, sufrieron una serie de vicisitudes, como diversas transacciones y transportes, el tiempo de uso y el lapso de tiempo transcurrido desde su fragmentación hasta depositarse en un determinado estrato, de tal manera que la suma de estas funciones fácilmente alcanza el tercio de siglo.

La alta fecha del 800 a.C. aplicada en un principio a la fase A o B 1, de fundación de la colonia de *Morro de Mezquitilla*²⁹, aunque en publicaciones sucesivas se haya querido rebajar la cronología en 20 años³⁰ ha supuesto un motivo de desajuste en la datación de yacimientos del hinterland granadino, como El Cerro de los Infantes de Pinos Puente³¹, o el Cerro de la Mora de Moraleda de Zafayona³², cuyos momentos de transición del bronce reciente al orientalizante se han colocado en el 800 a.C., en función de unos fragmentos de cerámica fenicia de barniz rojo con formas de platos de borde estrecho y de cuencos carenados, presentes también en estratos bajos de Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos, Torre de Doña Blanca, etc.,

²⁶ V. Paterculo, I, 8, 4.

²⁷ Heródoto, IV, 152.

²⁸ Heródoto, I, 165.

²⁹ H. Schubart, «Morro de Mezquitilla. Kampagne 1982», *MM* 24, 1983, pp. 104-131. H. Schubart y O. Arteaga, «El mundo de las colonizaciones fenicias occidentales», *Hom. a L. Siret*, Sevilla, 1986, p. 509.

³⁰ H. Schubart, «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», *HA* VI, 1982, p. 84.

³¹ A. Mendoza y otros, «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, provincia Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Ober-andalusien», *MM* 22, pp. 171-210.

³² J. Carrasco y otros, «Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. El corte 4», *CPUG* 6, 1981, pp. 307-354.

fragmentos de cronología amplia con un margen de 100 años (750-650 a.C.), según esas mismas estratigrafías.

Parece probado que ya en la segunda mitad del s. VIII a.C. se iniciase el orientalizante en muchos yacimientos tartésicos del hinterland de las colonias, pero esos yacimientos tartésicos, al ser muy pocos en cerámicas griegas orientalizantes y arcaicas, no se ha logrado fecharlos con precisión hasta el s. V a.C., ya en época turdetana, en que los vasos griegos clásicos, como las copas Cástulo se generalizan.

Sin duda, dada la intensidad de las excavaciones en curso de una decena de yacimientos coloniales y tartésicos de las provincias de Huelva, Cádiz, Málaga, Sevilla y Córdoba, esperemos que, si se publican correctamente las respectivas memorias, en poco tiempo habremos resuelto muchos de los problemas en que ahora nos movemos.